

José María Aznar

The Reform Club dinners 'Economic and Current Affairs Forum'

LONDRES, 14 DE SEPTIEMBRE DE 2017

Muchas gracias por su amable invitación a ser su invitado de honor esta noche.

Es un verdadero privilegio compartir mis ideas sobre temas tan importantes como los que están configurando un nuevo orden mundial.

Mi privilegio es aún mayor teniendo en cuenta lo mucho que me encanta esta ciudad –en la que viven mi hija, mi yerno y cuatro de mis nietos– y lo fascinante que es este Club, incluyendo entre sus miembros figuras históricas que admiro profundamente como Sir Winston Churchill o Friedrich Hayek.

El papel de instituciones como The Reform Club es crucial para promover y organizar este tipo de reuniones intelectuales, mucho más cuando las ideas políticas están siendo reemplazadas por lemas simplistas, dogmas y tweets.

Durante muchos años he promovido discusiones de este tipo en España. Fue el motivo por el que hace treinta años fundé la Fundación FAES, un think tank independiente que todavía sigo presidiendo. Su creación se inspiró en la fructífera experiencia de instituciones similares en el Reino Unido y en los Estados Unidos. Después de organizar miles de seminarios, cursos, debates y publicaciones, hemos sido reconocidos por el índice “Global Go-to Think Tank”,

publicado anualmente por la Universidad de Pensilvania como uno de los principales think tanks de España y entre los 60 mejores del mundo.

Aprovecho esta ocasión para invitarles a participar en nuestras actividades y a seguirnos.

Los organizadores de esta cena me han pedido que reflexione sobre una serie de temas que necesitarían mucho más tiempo del que disponemos en esta agradable reunión.

Han titulado mi discurso "La relación de Europa con Rusia, China y los Estados Unidos tras el Brexit". Eso no sólo implica tocar las consecuencias del Brexit, el creciente proteccionismo en los Estados Unidos o las ambiciones expansionistas de China y Rusia, sino también muchos aspectos colaterales en los asuntos mundiales como la agitación en el norte de África y Oriente Medio o la proliferación nuclear en Irán y Corea del Norte.

En resumen, Anthony me ha pedido que dé una vuelta alrededor del mundo en 30 minutos, mucho menos tiempo del que Jules Verne dio a Phileas Fogg cuando escribió su maravillosa novela inspirado por el espíritu abierto que ha iluminado las paredes de este Club desde su fundación en 1836.

Acepto el reto y haré todo lo posible para mencionar todos los temas sugeridos en mi discurso inicial o en mis respuestas a sus preguntas y comentarios.

Comenzaré por el tema que muchos de ustedes probablemente considerarán como más polémico de los que abordaré esta noche. Por supuesto, estoy pensando en el "big elephant in the room", el Brexit.

Francamente, creo que el Brexit es un grave error tanto para el Reino Unido como para el resto de Europa. Producirá efectos negativos en diversas áreas. Debilitará las economías británica y europea y la relación transatlántica. Hará más difícil la cooperación política precisamente cuando tenemos que hacer frente a nuevas amenazas como el terrorismo global, la inmigración descontrolada o el radicalismo.

El Brexit está teniendo consecuencias incluso antes de convertirse en realidad. Vean lo que está sucediendo ya a la economía británica. La libra británica se ha depreciado con respecto al euro a su nivel más bajo en muchos años. En comparación con otros ciudadanos europeos, los británicos son ahora más pobres que antes del referéndum. Por otra parte, no parece que las exportaciones hayan aumentado dramáticamente, que haya perspectivas de crecimiento económico sustancial o un mejor desempeño en la creación de empleo. Esto se debe a que las inversiones son necesarias para que esos avances se produzcan y, en condiciones políticas inciertas, los inversionistas prefieren esperar y ver, o simplemente se desplazan a mercados más seguros.

Algo semejante puede decirse de nuestra seguridad. Creo que después del Brexit ni los ciudadanos del Reino Unido ni los del resto de Europa estaremos mejor protegidos contra las nuevas amenazas que en el pasado. Estar dividido nos debilita a todos en un momento tan importante como este.

También me preocupa el creciente número de conflictos sociales causados por el populismo y el proteccionismo en nuestros países. Esto está deteriorando la comprensión mutua de sociedades que comparten profundamente los mismos valores y una visión similar de lo que el mundo debería ser. El Brexit, como pudimos darnos cuenta durante la campaña, ha añadido un poco más de combustible a la hoguera demagógica populista. El populismo alimenta el descontento y el conflicto y conduce a la gente a rechazar la racionalidad y negar la realidad. Esto es profundamente preocupante, y debe ser abordado en nuestras

sociedades. En el mundo actual, los enfoques comunes son esenciales para abordar los desafíos y crear nuevas oportunidades. Ni la retórica nacionalista ni los sentimientos contra el comercio global pueden cambiar esto.

No estoy diciendo que no haya razones para quejarse de la burocracia europea y de su alma, el Leviatán. Por supuesto, hay un montón de ellas. Las instituciones europeas necesitan una revisión exhaustiva para convertirse en el verdadero motor de una región que no sabe qué hacer, más que seguir siendo un actor global en el siglo XX. Permítanme decirles, en fin, que me hubiera gustado ver una estrategia exitosa del Reino Unido dentro de la UE, en lugar de poner tanto énfasis en una estrategia para abandonar de Europa.

Como primer ministro de España empleé mucho tiempo y esfuerzos políticos en estrechar la relación entre Gran Bretaña y España. Era el interés de España. Fue el interés del Reino Unido. Y también el de la Unión Europea. Compartimos un compromiso con los mercados abiertos, la reforma económica, el papel de la sociedad civil, la importancia del vínculo atlántico y la posición central de los Estados nacionales en la UE. Nuestra relación reforzada fue crucial para una Unión Europea equilibrada. Y para mí es motivo de profunda preocupación que este equilibrio se rompa.

Precisamente por eso el Reino Unido es más que necesario para equilibrar el eje germano-francés y contribuir a convertir la vieja Europa dormida en un líder global protagonista.

De todos modos, mi argumento principal para considerar el Brexit como un error enorme no tiene que ver con el pragmatismo sino con algo más profundo: nuestros valores compartidos. Los valores que conformaron Europa y Occidente.

A pesar de algunos desacuerdos y enfrentamientos a lo largo de nuestra historia, hay más cosas que unen a los británicos y a los demás europeos que aquellas que nos separan.

La democracia, la libertad y los derechos humanos no son meros elementos de nuestro orden social. Estos valores son importantes para la dignidad de cada ser humano en cada país del mundo occidental. Están en el núcleo de las naciones más desarrolladas del mundo y son corresponsables de lo que la humanidad ha logrado.

Hay una diferencia clave entre Occidente y el resto: nuestros valores. Pero no los podemos dar por sentado. Nuestra libertad y democracia están ahora en juego. Como demócratas que vivimos en un mundo global, tenemos la responsabilidad de defenderlos de sus enemigos: el jihadismo, el multiculturalismo, el relativismo, el populismo o muchas otras formas diferentes de radicalismo.

La importancia de estar juntos en la defensa de nuestros valores es más que evidente en muchos episodios históricos. Sólo necesitaríamos caminar durante quince minutos hasta la Cabinet War Room para entender que los británicos, los europeos y los estadounidenses tenemos un destino común profundamente ligado a la defensa de nuestros valores compartidos.

Veamos ahora lo que sucede en el otro lado del espejo, en Europa. A pesar de todos sus problemas e inconvenientes, la historia reciente de la Unión Europea es un gran éxito, pero ahora tiene que enfrentar amenazas muy importantes que desafiarán su futuro.

Aquellos que, desde el Reino Unido y otros países, critican a la Unión Europea por su excesiva burocracia y su falta de capacidad para reaccionar ante sus principales problemas, tienen razón.

Europa no tiene hoy respuestas efectivas a sus desafíos. De hecho, hay una falta de liderazgo y un gran número de visiones diferentes en lugar de una estrategia común. Eso afecta a todas las esferas de nuestro interés común: de la necesidad de un mercado único al dilema entre austeridad y estímulos a la economía; de la amenaza terrorista a la ineficiente política de fronteras exteriores; de cómo lidiar con los movimientos migratorios a cómo actuar sobre el terreno en los lugares donde se originan esas crisis migratorias.

Europa no tiene una sola respuesta al crecimiento de los movimientos extremistas y populistas que debilitan los cimientos de la democracia liberal o una estrategia común para buscar la autodependencia de sus propias fuentes energéticas.

La política exterior no es una excepción. La Unión Europea se ha convertido en un actor irrelevante, incluso en regiones de su propio interés como el norte de África u Oriente Medio, por no hablar de otros conflictos que son mucho más lejanos como el que se está produciendo en Corea del Norte.

Una vez más, en vez de defender sus valores, parece que Europa prefiere jugar la carta de apaciguamiento –como en Cuba y Venezuela–, cuando no esconde su cabeza como un avestruz –en Irán o en Corea del Norte– o termina pareciendo una hidra con muchas cabezas, tal y como ocurrió en Libia.

Lo que esta debilidad revela es, de hecho, el proceso de disolución de un orden global basado en reglas liberales. Restablecerlo y preservarlo es nuestro principal desafío ahora, y es por eso que el Reino Unido es más necesario que nunca cerca de la Europa continental.

Cuando se les pregunta sobre la solución a este problema, muchos responden con el tópico "Más Europa".

No estoy de acuerdo con ellos. Creo que la coordinación a nivel europeo es esencial, pero es responsabilidad de cada Estado-nación fortalecer sus instituciones y ganar en soberanía. Sólo entonces será posible una verdadera cooperación en el ámbito europeo.

Con el Brexit, la victoria de Macron en las elecciones presidenciales francesas y la victoria más que probable de Angela Merkel en las elecciones generales de Alemania el 24 de septiembre, se puede abrir una ventana de oportunidad para la reforma de la Eurozona.

El principal problema es que mientras Macron exige más centralización, un ministro europeo de Finanzas y un presupuesto de cientos de miles de millones para planes de estímulo, Merkel, por su parte, considera que el problema de la unión monetaria reside en la excesiva centralización y un grado de responsabilidad insuficiente en el ámbito nacional.

En mi opinión, lo primero que Europa tiene que hacer es completar la unión bancaria con un único supervisor y un sistema común de garantía de depósitos. A continuación, Europa necesita transformar el Mecanismo Europeo de Estabilidad en un verdadero Fondo Monetario Europeo financiado mediante el aumento de las suscripciones de capital de los gobiernos y la ampliación de su capacidad de endeudamiento. Tenemos que crear un verdadero mercado único en el que los individuos europeos sean iguales en términos de acceso al crédito, bienes u oportunidades educativas. Y finalmente, necesitamos expandir verdaderos acuerdos en favor del libre comercio.

Eso sólo puede hacerse fortaleciendo los Estados-nación, devolviéndoles algunas competencias.

Como ha señalado recientemente el profesor Barry Eichengreen de la Universidad de Berkeley, "la alternativa es devolver el control de la política fiscal

a los gobiernos nacionales, abandonando la pretensión de que la política puede ser regida por las normas de la UE. La adopción de un mecanismo europeo de reestructuración de la deuda ayudaría a evitar las peores consecuencias, dado que sus consecuencias negativas dejarían de extenderse a otros países, los bancos ya no tendrían una concentración de bonos del Estado y se evitaría una potencial quiebra del FME, que sólo sería capaz de prestar en casos de liquidez, no de insolvencia ".

Siempre he estado profundamente convencido de la importancia de equilibrar el eurocentrismo del eje franco-alemán con un contrapeso hacia el Atlántico. Eso es precisamente lo que hice cuando fui presidente del Gobierno en España, fortaleciendo nuestras relaciones bilaterales con países como el Reino Unido y promoviendo una mejor cooperación transatlántica entre la Unión Europea y Estados Unidos.

Teniendo en cuenta los grandes retos a los que nos enfrentamos ahora, una Unión Europea que no mire al Atlántico se debilitará tanto como un Reino Unido que dé la espalda al resto de Europa.

El proceso de dismantelar el orden liberal no sólo afecta a Europa. Está afectando hoy, de una manera muy preocupante, a una nación esencial para los equilibrios globales, los Estados Unidos de América.

En mi opinión, gran parte de los desequilibrios causados en el orden internacional en la última década tienen el mismo origen: La decisión de la Administración Obama de retirar a los Estados Unidos de las grandes decisiones globales.

La retirada de Estados Unidos de países como Siria, Irak o Libia, sin completar la tarea de construir instituciones democráticas, proporcionó un incentivo adicional para todos los enemigos del orden liberal que lo consideraron

como una señal de debilidad y, en los casos extremos de DAESH y otras bandas terroristas, les permitió literalmente tomar los lugares que habían dejado atrás los estadounidenses.

Cuando la Administración Obama decidió una estrategia de apaciguamiento hacia Irán en lugar de promover inspecciones y sanciones más severas, envió un mensaje de oportunidad a los enemigos de Israel y motivó una escalada nuclear en países que pensaron en cómo defenderse mejor, como Israel o Egipto, o cómo rearmarse, como Corea del Norte.

Si países como Turquía o Rusia han decidido asumir un papel importante en el ámbito internacional apelando a la grandeza del pasado de los imperios otomano y ruso, ha sido precisamente por el debilitamiento del orden liberal y por el vacío dejado por los Estados Unidos y sus aliados.

La victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales debe atribuirse no sólo al carácter de Hillary Clinton y a los errores de su campaña, sino también a las malas decisiones tomadas por la Administración anterior que ha tenido como consecuencia la inclinación de los partidos republicano y demócrata hacia los extremos políticos.

Donald Trump tiene ahora la enorme responsabilidad de recuperar los valores atlánticos y forjar una verdadera estrategia en política exterior, porque el mundo libre necesita de nuevo a los Estados Unidos. Por supuesto, puede subestimar la importancia de estos principios, pero debemos confiar en la fuerza de la democracia americana, sus instituciones y sus mecanismos de equilibrio y control —checks and balances—.

Permítanme concluir mencionando otros actores que están tratando de aumentar su liderazgo en el ámbito internacional.

En ausencia de Estados Unidos y Europa, países como China, Rusia, Turquía, Irán, Venezuela o Corea del Norte aspiran a convertirse en grandes actores globales o regionales.

En algunos casos, como el de China, la motivación es económica o comercial, basada en sus propias demandas de materias primas o flujos de exportación más ventajosos.

En otros, como Rusia o Turquía, la motivación emerge de las ambiciones de los líderes carismáticos que, como he mencionado anteriormente, buscan recuperar la presencia territorial de imperios del pasado como el ruso o el otomano.

En otros, como los de Irán, Venezuela o Corea del Norte, lo que subyace son ideales opuestos a las ideas de libertad que buscan imponer ciertos dogmas totalitarios, ya sean religiosos o políticos.

En todos estos casos la conclusión es la misma: Un mundo menos liberal sería un mundo peor.

Durante años, el orden liberal ha estado bajo tensión y ha cometido errores. Lo más obvio es que ha habido una falta de progreso en el desarrollo de sus instituciones e instrumentos legales. Como consecuencia de ello, muchas instituciones democráticas tanto a nivel nacional como multilateral han visto socavadas su legitimidad y su capacidad para responder a los nuevos retos.

Como escribió una vez mi amiga y exministra de Relaciones Exteriores, Ana Palacio: "El núcleo filosófico del orden internacional liberal ha sido vaciado, y las ideas que una vez fueron consideradas como esenciales para el mundo moderno –libre comercio, democracia y derechos humanos– están en declive. A menos que reconozcamos y abordemos esta realidad, el orden mundial liberal que

ha traído paz y prosperidad sin precedentes al mundo durante las últimas siete décadas continuará erosionándose".

Vivimos en la neblina de una nueva era caracterizada por el impacto de la globalización y la revolución tecnológica. La democracia, que está detrás de los mayores logros de la humanidad, no es una forma obsoleta de organización social, sino la esencial. Y debe prevalecer.

En lugar de lamentarnos por el declive del orden mundial liberal, como muchos parecen ansiosos de hacer, debemos seguir defendiendo la democracia como el sistema más viable y eficaz para difundir el bienestar y lograr el pleno desarrollo.

El estado de derecho, los derechos humanos y el libre comercio son los pilares iniciales que el orden liberal necesita hacer emanar en aquellos lugares donde todavía no ha surgido, y en los que estoy seguro que hay muchas personas que piden nuestro apoyo para lograrlo.

Ahora que he mencionado casi todos los temas que los organizadores me han sugerido y he dado una vuelta al mundo en unos 30 minutos, me gustaría escuchar sus comentarios y, por supuesto, estaré encantado de responder a sus preguntas.